

# Desarrollo económico y recursos humanos

## La experiencia de Japón | SHIGETO TSURU\*

### INTRODUCCION

En 1868 —año de la llamada Restauración Meiji— Japón comenzó sus esfuerzos deliberados por modernizarse. Asimismo, se acepta generalmente que a finales del siglo XIX había logrado ingresar a la fase de crecimiento económico sostenido. Como es natural, el primer decenio posterior a la Restauración se caracterizó por las tensiones y los conflictos que supuso la enorme transformación política y social de una típica sociedad feudal en un capitalismo con fuerte acento nacionalista. La última de las contiendas civiles, acompañada de una inflación muy grave, fue sofocada apenas en 1877; y sólo después de la exitosa estabilización monetaria lograda mediante la Deflación Matsukata de 1881-1885, la economía emprendió el camino del crecimiento acumulativo. En otras palabras, puede afirmarse que los últimos veinticinco años del siglo pasado son cruciales para analizar los factores del desarrollo económico de Japón. Por tanto, este trabajo se centra principalmente en ese período.

### LA NATURALEZA DE LAS NECESIDADES

En términos de sistemas económicos, el desarrollo económico de Japón fue esencialmente *capitalista*. En otras palabras, la unidad básica de las actividades económicas fue el capital privado controlado por empresarios orientados a maximizar sus ganancias. Imperó el mecanismo de los precios en una economía monetaria con un desenvolvimiento incesante y la libre competencia fue la regla, tanto dentro del país como frente a las economías extranjeras. En este marco de referencia fue que progresó la industrialización. Sin embargo,

\* Japón. Conferencia pronunciada en la sesión plenaria inaugural del Sexto Congreso Mundial de Economistas. Traducción del inglés proporcionada por el Colegio Nacional de Economistas y corregida por la Redacción de *Comercio Exterior*.

hay que advertir de inmediato que el Estado desempeñó un papel importante, en especial durante el primer decenio posterior a la Restauración; esto fue prácticamente necesario dado el intento tardío de Japón por forzar la marcha en su lucha por encauzarse en un capitalismo viable. En esa época no existía nada parecido a la ayuda externa, ya sea financiera o técnica. Además, en ese entonces los dirigentes del país adoptaron una actitud suspicaz frente al capital extranjero y evitaron deliberadamente contraer deudas en el exterior. Asimismo, debido a los términos de los tratados comerciales firmados con Estados Unidos y otros países antes de la Restauración, Japón no podía gravar sus importaciones con aranceles *ad-valorem* superiores a 5%, lo que hacía sumamente difícil para el país proteger en forma adecuada su incipiente industria. De este modo, el Estado acudió de diversas maneras en ayuda de las empresas privadas, o tomó la iniciativa de instalar nuevas industrias o nuevas empresas que después pasarían a manos privadas.

En consecuencia, la naturaleza de las necesidades de recursos humanos debe verse a la luz de las particulares circunstancias que caracterizaron el desarrollo económico de Japón. Se puede afirmar que, en cualquier caso de modernización, las principales categorías de recursos humanos que se precisan son: 1) mano de obra adaptada al trabajo en las fábricas modernas; 2) personal con una capacitación técnica moderna; 3) maestros, y 4) administradores eficientes. En el caso particular del desarrollo capitalista, debe añadirse una quinta categoría: empresarios que asuman riesgos.

En la medida en que le atañen tales requerimientos, en términos generales, la experiencia de Japón es común a la de gran cantidad de países en el curso del desarrollo. Empero, una vez que avanzamos un poco en la definición concreta del contenido de los requerimientos para el caso de Japón, se comprende de inmediato que hubo restricciones adicionales, determinadas por los rasgos peculiares del desarrollo del país.

Así por ejemplo, para Japón no fue suficiente crear tan sólo una fuerza de trabajo adaptada para las fábricas modernas. Esta, en sí misma, no fue tarea fácil, en tanto que los trabajadores del período pre-moderno no estaban habituados a "vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario", sino que por lo común se trataba de trabajadores en granjas familiares, de aprendices o jornaleros de los gremios. La disciplina de la fábrica fue algo nuevo para ellos y, con frecuencia, la vida urbana era una experiencia extraña. Además, en el caso de Japón resultaba fundamental que dicha fuerza de trabajo pudiera adquirirse a un precio excepcionalmente barato. De otra manera, como es obvio, las nuevas industrias japonesas no hubiesen podido competir con las mercancías importadas de los países industrializados avanzados.

En mayor o menor grado, cada una de las principales categorías antes señaladas tenía sus restricciones adicionales, relacionadas inextricablemente con la peculiar experiencia japonesa. Sin embargo, la enumeración de los requisitos y las restricciones es un ejercicio que efectuamos ahora, con la ventaja de una visión retrospectiva. En realidad, en aquellos tiempos había una conciencia mucho menor de lo que estaba ocurriendo; y en cierto sentido tendría mayor validez afirmar que, además de la orientación nacionalista que poseyó a los dirigentes del período Meiji, fueron diversas fuerzas, cada una de ellas motivada por un interés u objetivo propio, las que actuaron y reaccionaron entre sí para producir los resultados que hoy son historia.

#### ¿COMO SE SATISFICIERON LAS NECESIDADES?

El cuadro 1 muestra la distribución entre las principales industrias de la población empleada y remunerada en ciertos años; 1872 es el primer año para el que se cuenta con datos

CUADRO 1

*Personas empleadas y remuneradas en los principales sectores industriales 1872-1920*  
(Miles de personas)

	1872	1880	1900	1920
Población	34 940	36 868	44 231	55 963
De 15 a 59 años de edad	21 107	21 564	25 893	30 950
Fuerza de trabajo activa	19 063	19 542	24 768	27 263
Sector primario	14 702	16 076	17 331	14 848
Sector secundario	701	1 105	2 929	4 593
Sector terciario	1 862	2 361	4 508	7 822
No clasificados	1 798	-	-	-
Porcentaje de cada sector en relación con el total de la fuerza de trabajo activa <sup>a</sup>				
Sector primario	85.2	82.2	70.0	54.5
Sector secundario	4.0	5.7	11.8	16.8
Sector terciario	10.8	12.1	18.2	28.7

a. Los porcentajes se calculan excluyendo la parte correspondiente a no clasificados.

Fuente: Las cifras de 1872 están basadas en los datos recabados por la Oficina de Registro del Ministerio del Interior; las restantes son las estimaciones de Kazushi Ohkawa y otros, en *The Growth Rate of the Japanese Economy since 1878, 1957*.

estadísticos y 1920 el del primer censo general. Allí se aprecia con claridad que, no obstante que el peso del sector primario siguió siendo bastante elevado hasta finales del siglo pasado, la importancia relativa del secundario tuvo un crecimiento sostenido durante el período crucial del desarrollo económico de Japón.

En el cuadro 2 se presenta una descripción más detallada del sector manufacturero; allí se muestra el número de trabajadores empleados en "fábricas" por sub-sector industrial en 1882 y 1892. Las estadísticas de los dos años no son estrictamente comparables, ya que hay diferencias en los criterios de cobertura. Sin embargo, es probable que la impresión general que se obtiene del cuadro no esté del todo alejada de la realidad. Como podría esperarse, los textiles predominan en el panorama; destacan el devanado de seda (que en 1882 ocupó a más de 50% del total manufacturero) y el hilado de algodón, que en diez años aumentó rápidamente de 1 363 a 29 103 ocupados. A la vez el cuadro revela un rasgo característico del empleo industrial en aquellos días: el apoyo en el trabajo de las mujeres y los niños, especialmente en la industria textil. En el caso de la seda, por ejemplo, casi un quinto de los empleados de la industria en 1882 tenía quince años de edad o menos y, del resto, 90% estaba compuesto por mujeres. El hilado de algodón no presenta en 1882 un panorama tan sorprendente; sin embargo, a medida que dicha industria fue creciendo, su grado de dependencia con respecto al trabajo femenino fue aumentando y, en 1892, la relación entre los trabajadores hombres y mujeres fue exactamente de 1 a 3.

Así pues, si podemos afirmar que la industrialización constituyó la punta de la lanza del desarrollo económico de Japón y que los textiles fueron la industria líder, debemos concluir que las mujeres jóvenes, cualquiera que haya sido su procedencia, constituyeron una categoría fundamental de la nueva fuerza de trabajo, satisfaciendo una de las necesidades más importantes de ese tiempo.

#### *Movilización de la fuerza de trabajo femenina*

Entre las industrias a las que el gobierno de la Restauración dio especial atención, la primera fue la de devanado de seda, dado su carácter de principal industria exportadora. Para el país —que súbitamente abrió sus puertas de par en par al comercio exterior—, necesitado de una mercancía exportable de cierta magnitud y potencialidad, era absolutamente necesario expandir su producción de seda cruda y mejorar su calidad como mercancía estandarizada. Se trataba de una industria que durante el período Tokugawa había operado en la periferia rural, abasteciendo a un mercado interno pequeño, y que ahora debía confrontar y satisfacer la exigente demanda de los compradores foráneos. Así, la transformación de la industria tenía que ser dirigida por el gobierno que, en una fecha tan temprana como 1870, invitó a un especialista suizo con el fin de trasplantar la técnica occidental del devanado. Los pequeños establecimientos de tipo manufacturero, que hasta entonces eran la regla, tendrían que transformarse en plantas cuya magnitud permitiera la operación de maquinaria. El gobierno decidió establecer en 1872 una planta modelo en Tomioka, con maquinaria importada de Francia e impulsada a vapor. Sin embargo, las dificultades que hubo para conseguir personal para esta planta

## CUADRO 2

Fuerza de trabajo empleada en las empresas manufactureras, 1882 y 1892  
(Número de personas)

	1882				
	Total	De 16 o más años de edad		Edad de 15 o menos	1892
		Hombres	Mujeres		
Textiles	45 623	4 510	32 846	8 267	123 276
Devanado de seda	37 452	2 755	27 702	6 995	68 783
Hilados de algodón	1 363	472	785	106	29 103
Tejidos	6 808	1 283	4 359	1 166	23 176
Otros					2 214
Procesamiento de alimentos	229	196	33	—	8 164
Metales y maquinaria	3 381	2 988	117	276	6 990
Metales	—	—	—	—	1 974
Maquinaria	—	—	—	—	1 944
Astilleros	—	—	—	—	3 072
Productos químicos	7 459	4 343	2 069	1 047	27 483
Otras manufacturas	1 916	1 510	231	175	14 381
<b>Total</b>	<b>58 608</b>	<b>13 547</b>	<b>35 296</b>	<b>9 765</b>	<b>180 294</b>

Nota: El estudio de 1882 fue para aquellos establecimientos que se denominaban a sí mismos “fábrica” (*kojo*), mientras que el de 1892 fue realizado entre los establecimientos que tenían un capital de 1 000 yenes o más.

Fuente: *Statistical Yearbook of Japan*, núms. 4 y 13.

de Tomioka fueron muy características del período de transición.

En un principio el gobierno intentó reclutar voluntarios en las áreas circunvecinas, pero fue muy escaso el número de personas que respondió al llamado porque “como en esos días jamás se habían visto máquinas de vapor en las regiones rurales, se extendió con gran rapidez el rumor de que era venenoso el humo que emanaba de la planta, o que había cierto mecanismo diseñado para extraer la sangre de las muchachas trabajadoras”.<sup>1</sup> En consecuencia, el gobierno tuvo que recurrir al reclutamiento forzoso de las hijas de los anteriores detentadores del gobierno Tokugawa, con lo que obtuvo un poco más de cien trabajadoras. Esto no fue suficiente, por lo que finalmente el Sr. Odaka, responsable administrativo de la planta modelo, ofreció a su propia hija (de 13 años de edad) para trabajar en la fábrica, y sugirió a otros servidores públicos que lo emularan. Sólo así fue posible integrar a más de cuatrocientas jóvenes. Un caso típico de ellas fue Hideko Yokota (1857-1929), hija de un *samurai*; sus *Diarios de Tomioka*, publicados póstumamente, relatan con claridad inusual la atmósfera y la operación cotidiana de la planta modelo dirigida por cinco franceses. Posteriormente, las jóvenes adiestradas en la planta de Tomioka fueron diseminadas por diferentes localidades para que sirvieran como “instructoras” en las modernas plantas recién establecidas, la mayoría de las cuales fueron financiadas con créditos gubernamentales de rehabilitación y con capital de los comerciantes en seda. Hideko, por ejemplo, regresó a su pueblo natal —Matsushiro— después de haber laborado durante 16 meses en Tomioka, y a los 17 años de edad trabajó como instructora en una nueva planta en Rokku. Ahí, como ella relata, tuvo que luchar contra los prejuicios irracionales

1. Tahachi Yajima, *Kanra Sanjyō Sōdan* (Diversos relatos sobre las industrias de la provincia de Kanra), 1909, pp. 32-33.

de los hombres de mayor edad de la planta,<sup>2</sup> y aun contra la hostilidad generalizada del pueblo. En aquellos días era tal el ambiente en Tomioka, Rokku y otras plantas similares, que se hacía creer a las jóvenes que la oportunidad de trabajar en ellas era un gran honor, y la cuestión de los salarios se consideraba un tema por debajo de su rango.<sup>3</sup>

No puede dudarse que fueron fructíferos los esfuerzos iniciales del gobierno para trasplantar la moderna técnica occidental en el devanado de seda, especialmente con la creación de un muy considerable número de “instructoras”, nacidas en buena familia e inteligentes, que difundieron la técnica con seguridad y devoción. Sin embargo, la fase de la planta modelo, en sí misma, fue un episodio de corta duración. Como la demanda de las exportaciones de seda creció con gran rapidez, el número de plantas devanadoras se incrementó a pasos agigantados y su forma de operación adquirió cada vez más características empresariales. El momento del cambio fue alrededor de 1876; a partir de entonces, buscar la fuerza de trabajo entre las honorables familias acomodadas de la clase *ex-samurai* se convirtió en una opción totalmente fuera de lugar.

2. En una ocasión, los trabajadores más viejos de la planta sugirieron que se obtendría seda de mejor calidad si los capullos se hirvieran a temperaturas más elevadas, con lo que Hideko discrepaba. De acuerdo con el espíritu experimental que le inculcaron en Tomioka, propuso elaborar dos tipos de productos —el primero siguiendo la sugerencia de los obreros y el segundo con el método de ella— y enviarlos a Yokohama para su evaluación. La decisión final favoreció a Hideko.

3. Por ejemplo, los padres de Hideko no le permitían recibir remuneración monetaria a cambio de su trabajo en Rokku. Así, cuando al final de 1874 la compañía le otorgó cinco yenes, ellos compraron el equivalente en hongos deshidratados y tallarines de calabaza y los llevaron al dormitorio de mujeres de la fábrica. Hideko, en esa época, abrigó la esperanza de que al menos una parte del dinero fuera suyo, para adquirir algún objeto de uso personal. Mucho después escribió que durante el resto de su vida se arrepintió del pensamiento tan egoísta de esa ocasión.



Las plantas devanadoras se establecieron una tras otra, por lo general en la periferia de las comunidades rurales, cerca de las fuentes de abastecimiento de capullos. En un principio la mano de obra necesaria provino de las mujeres de las regiones aledañas. Empero, muy pronto se hizo evidente la escasez de fuerza de trabajo debido a que muchas de ellas procedían de granjas en las que se requería su ayuda con urgencia, sobre todo durante los meses de cosecha. Por tanto, se hizo necesario reclutar en regiones más amplias y, una vez que esto se convirtió en una práctica generalizada, hubo que construir dormitorios, puesto que la selección natural fueron jóvenes solteras para quienes era totalmente irrealizable el traslado cotidiano de sus hogares al trabajo.

A pesar de que con el paso del tiempo el reclutamiento no fue de ningún modo más fácil —y menos aún con la competencia de la industria hiladora— el trato que se daba a las jóvenes trabajadoras no mostró signos de progreso en una dirección civilizada. El obstáculo más fuerte que enfrentaron los agentes reclutadores fue persuadir a los familiares de las jóvenes. En el distrito de Gumma, se ofrecía generalmente un contrato con un término de tres a cinco años que estipulaba el suministro de habitación y comida para la chica más una remuneración en efectivo de 10 a 15 yenes, de la que se pagaba por adelantado la tercera parte. Para los agricultores desposeídos y endeudados, esta suma anticipada constituía un atractivo y además los agentes, según el caso, podían ajustar la proporción que se pagaría por adelantado. En cambio, en el distrito de Nagano era más común el sistema del pago diario del jornal, cuyo monto durante la década de los 1880 fluctuaba desde alrededor de cinco *sen* hasta cualquier cantidad inferior a 15. Sin embargo, era habitual condicionar esto a una determinada cantidad de piezas terminadas, y resultados inferiores a los fijados suponían una penalización con severas deducciones. En aquel entonces un kilogramo de arroz costaba 6 *sen* (o 9 *sen* por un *shō*) y el nivel mínimo de subsistencia representaba alrededor de 1.5 kilogramos de arroz por día. Así pues, independientemente del sistema de pago que se utilizara, el ingreso salarial de esas jóvenes funcionó ya como complemento del ingreso familiar de las clases más pobres, ya como forma de reducir la carga de la familia en la medida en que las jóvenes podían alimentarse fuera de ella.

El problema que enfrentó la industria de hilado de algodón no fue más fácil. Con la apertura de los puertos, los productos de algodón ingresaron aceleradamente en Japón y durante el primer decenio de la Restauración llegaron a representar más de la tercera parte de las importaciones totales. Por supuesto, el gobierno se percató de la fuerte necesidad de crear una industria sustitutiva de importaciones en este campo y se apresuró a trasplantar la técnica occidental. En este caso, una vez más, se instaló cierto número de plantas modelo. Sin embargo, el éxito llegó con más lentitud, en parte porque el gobierno intentó, además, convertir a la industria de hilado de algodón en un ámbito para la rehabilitación de los guerreros que habían perdido su jerarquía. La unidad de operación tendió a ser pequeña y lo usual eran plantas de 2 000 husos que se diseminaron por todo el país. La inexperiencia en el manejo de la maquinaria ocasionaba reparaciones frecuentes; lo mejor que se logró producir fueron hilos del núm. 20, que no rivalizaban con las importaciones, más baratas y de mejor calidad, sino que más

bien competían con los productos de la industria hogareña local.

Sólo en 1883 sobrevino un cambio, cuando la Compañía Hiladora de Osaka, con una capacidad mayor a los 10 000 husos, comenzó sus operaciones con dos turnos de 12 horas por día. La lección se aprendió de inmediato; al terminar en 1885 la Deflación Matsukata, la industria ya no tuvo que preocuparse tanto por el problema social de rehabilitación de los guerreros, ni por la anterior política oficial de construir las plantas acerca de los lugares de suministro local de algodón crudo. A partir de entonces adquirió fuerza con gran rapidez. En 1890 se embarcó el primer cargamento de hilos de algodón y ya en 1897 la exportación japonesa sobrepasó las importaciones de esa misma mercancía.

Inicialmente, la fuerza de trabajo requerida por los modernos talleres de hilado se reclutó más o menos de la misma forma que para las plantas devanadoras de seda. Dado que las primeras plantas de 2 000 husos fueron instaladas, en parte, para la rehabilitación de los siervos feudales, tuvieron prioridad sus esposas e hijos así como otras personas que ellos presentaban. Pero en cuanto la industria se sostuvo por sí misma e inició su expansión, la lógica de los cálculos económicos comenzó a ejercer su dominio. Puesto que el tamaño de la planta era superior a la del devanado de seda, la política de reclutamiento también tenía que estar mejor organizada; una característica especial de la industria hiladora fue aprovechar alguna calamidad natural, un fuerte terremoto o una inundación para persuadir a los damnificados de que firmaran un contrato por sus hijas. Es así que en los días del terremoto de 1891, en Nobi, una plaga de agentes reclutadores cayó sobre la prefectura de Gifu; lo mismo ocurrió en Wakayama en 1889, cuando se produjo una grave inundación. La necesidad de reclutamiento fue doble a causa de la elevada rotación de personal, provocada quizás por las condiciones de trabajo en las fábricas de hilado, que resultaron inesperadamente duras. Por ejemplo, en la fábrica de Kanegabuchi trabajó en 1891 un promedio de 400 hombres y 1 500 mujeres, pero en ese mismo año se contrató a 312 hombres y a 1 001 mujeres, mientras que 224 y 1 064, respectivamente, abandonaron su empleo.<sup>4</sup> Como es natural, con el paso del tiempo se intensificó la competencia entre los agentes de reclutamiento y se registraron numerosos incidentes de secuestro de trabajadores calificados. Simultáneamente, los patrones comenzaron a aplicar medidas más duras para aislar a sus empleadas del contacto exterior, confesión implícita de que en realidad estaban pagando a las jóvenes menos de lo que indicarían las fuerzas del mercado.

A mediados de los noventa la industria del hilado de algodón se convirtió en la segunda más grande de Japón, después de la de devanado de seda, empleando (en 1896) 52 582 trabajadores de los cuales 32 689 eran mujeres, en su mayoría jovencitas de 15 a 20 años de edad. En 1884 el promedio de salario al día era de 17.10 *sen* por hombre y 8.21 *sen* por mujer; en 1896 ascendió a 19.42 y 11.36 *sen*, respectivamente.<sup>5</sup> Pese a que el diferencial de salario entre los sexos se redujo ligeramente entre esas fechas, no se alteró la

4. Véase Mikio Sumiya, *Nihon Chirōdōshi Ron* (Historia del trabajo asalariado en Japón), 1955, p. 193.

5. Véase Takejirō Shindō, *Nihon Mengyō Rōdō Rōn* (La mano de obra en la industria textil algodónera de Japón), 1958, p. 356.

relación de 3 a 2 sino hasta que sobrevino la prosperidad con la primera guerra mundial.

“*Del status al contrato*”

Esta crónica del surgimiento de las plantas textiles modernas y del modo en que solucionaron sus necesidades de fuerza de trabajo ya permite vislumbrar la transición del “*status al contrato*” que fue característica de los primeros años del período Meiji. Las condiciones de empleo de Hideko Yokota, la hija de la clase feudal dirigente, todavía conservaban un carácter de *status* que gradualmente dio paso a un tipo de relaciones patrón-empleado que constituyó un compromiso entre la tradición y la lógica del capitalismo.

Ciertamente, la transición “del *status al contrato*” fue más drástica para la clase *samurai* y bastante grave para el gremio de los artesanos. La forma en que estas dos clases se rehabilitaron y reorganizaron en la nueva sociedad es un problema fundamental de investigación que, como antecedente, resulta indispensable para analizar la cuestión de los recursos humanos y el desarrollo económico de Japón.

Se estima que en 1868 había aproximadamente 400 000 familias con 1.9 millones de miembros pertenecientes a la clase *samurai* feudal (alrededor de 6% de la población). Ellos, después de todo, constituían la élite bajo el régimen Shogunate, por lo que recibieron la mejor educación y estaban acostumbrados a ocupar puestos directivos en la administración y en otras tareas similares. De hecho, los dirigentes de la Restauración Meiji provenían del estrato inferior de esta élite y permanecieron a la cabeza de la nueva administración durante una generación o más.

Sin embargo, ellos eran los dirigentes y su número absoluto era insignificante. ¿Qué ocurrió con el grueso de las 400 000 familias de los *samurai*? La transición no fue tan repentina. En 1871 el ingreso de “condición social” —un pago hereditario que usualmente se daba bajo la forma de arroz— se redujo en promedio a 40% del nivel que solía alcanzar. Además, a quienes desearan abandonar la renta hereditaria se les propuso una permuta por una suma global, capital que les permitiría convertirse en agricultores o en pequeños productores. En 1876, casi 25% de las familias *samurai* había aprovechado esta política de permuta; sin embargo aun existían 313 000 que dependían del ingreso por “condición social”. Por tanto, en ese año el gobierno finalmente decidió llevar a cabo la conmutación con carácter general y distribuyó bonos gubernamentales transferibles, aproximadamente equivalentes a la suma capitalizada de los estipendios anuales, de acuerdo con el poder de compra del yen en ese entonces.

El *status* de *samurai* se conservó nominalmente, pero la hasta entonces dominante clase feudal se transformó en una clase de rentistas, de la cual 83% percibía como interés una suma inferior a 77 yenes por año, lo que en esa época apenas era suficiente para mantener el nivel mínimo de vida. Un año después —en 1877— comenzó una gran inflación a raíz de la rebelión Satsuma; durante los cuatro años que duró, en los que ocasionó un incremento general de precios de alrededor de 60%, muchas familias *samurai* se vieron obligadas a rematar sus bonos, por lo que quedaron depau-

peradas. Resultó una ironía de la historia que la liquidación de una porción importante del ingreso por “condición social” se haya logrado accidentalmente por un proceso inflacionario que nadie deseaba, pero que fue consecuencia de una rebelión local de la propia clase *samurai* descontenta.

El gobierno estaba consciente de que, de cualquier forma, se requería emprender la tarea monumental de rehabilitar a los *samurai* y gastó dinero en trabajos de desarrollo rural en tierras adyacentes a las casas de esas familias y en fondos crediticios para quienes desearan establecer pequeños talleres con el fin de producir todo tipo de mercancías. Sobre todo después de 1882, el proyecto de rehabilitación se llevó a cabo de manera decidida, logrando abarcar hasta 180 000 familias *samurai*. La mayor proporción (64 757 familias) se dedicó al cultivo de capullos y al devanado de seda; seguían el hilado de seda y algodón (56 278) y la agricultura doméstica (21 492). Sin embargo, el monto de cada préstamo era sumamente bajo; asimismo, la creación de muchos establecimientos de industria doméstica para personas no acostumbradas al comercio tuvo como resultado la ineficiencia. Así, muchas de ellas fueron presa fácil del voraz capital comercial o de los omnipresentes intermediarios. De este modo, “negocio de *samurai*” (*shizoku no shōhō*) se convirtió en una expresión sarcástica que describía todo tipo de aventuras cándidas. En 1890, cuando el gobierno canceló todas las cuentas de rehabilitación, la ley de la supervivencia del más apto seguía su curso y muchos de los *ex-samurai* se proletarizaron en forma irremediable y fueron absorbidos en el ámbito de una nueva relación de clases.

Apresurémonos a añadir que, antes de que esto ocurriera, la clase *samurai* estaba en condiciones de satisfacer las necesidades gubernamentales de gente capacitada en todos los niveles, así como de las profesiones docentes. En 1880 36 560 individuos integraban el personal del gobierno central; 26 970 de ellos eran *ex-samurai*, así como 4 295 de los 6 658 que constituían la burocracia de las provincias; la gran mayoría de los 32 984 funcionarios de los pueblos y aldeas también provenía de las familias de la élite feudal. En 1882, de un total de 85 787 maestros de las escuelas públicas, 32 069 provenían de esta clase.<sup>6</sup> A la vez, como se mostrará posteriormente, la mayor proporción de los empresarios de primera línea surgieron de la clase *samurai*. Por tanto, bien puede aceptarse que aunque con la Restauración se produjo una transformación fundamental en todos los aspectos de la sociedad, la nueva élite dirigente se reclutó sin duda alguna entre la antigua clase dominante de la sociedad feudal.

Otro grupo importante de personas que disfrutó de cierto privilegio bajo el feudalismo fue el de los artesanos y especialistas organizados en gremios. El gobierno de la Restauración no esperó mucho tiempo para adoptar medidas que relajaran la unidad de estos últimos. Ya en el primer año Meiji (1868), el gobierno emitió una proclama especial sobre las “prácticas comerciales” que indicaba: “a partir de este momento cualquiera será libre de participar en una competencia de precios y de aumentar o disminuir el número de miembros de su gremio”. Esto fue seguido de un decreto más detallado en 1872, destinado a acabar con las restricciones de los gremios y a abolir el sistema de contrato de

6. Mikio Sumiya, *op. cit.*, p. 65.

aprendizaje. A diferencia del caso europeo, los artesanos de los gremios no ofrecieron mayor resistencia a esta medida.<sup>7</sup> Su singular docilidad en Japón se explica probablemente: 1) por el carácter parasitario de su actividad, que dependía casi íntegramente de la demanda en las villas feudales de armamento para las guerras o de artículos para el consumo suntuario, y 2) porque el proceso de disolución de los gremios ya había comenzado en la parte final del período Tokugawa. Aunado a ello, los artesanos tenían ciertas habilidades y el nuevo patrón de estructura industrial ofrecía empleo a muchos de ellos. El ajuste requerido fue con frecuencia de tipo social: descartar la seguridad de los gremios y arrojarse al impredecible mercado de trabajadores "libres".

No obstante, hubo distintos grupos entre ellos, cada uno de los cuales tuvo diferente destino. En primer lugar, quienes más sufrieron fueron los artesanos especializados en la producción de armaduras, espadas y otros productos de lujo, característicos feudales. Con ellos, a un número considerable de artesanos de áreas tales como producción de clavos, que fueron desplazados por la competencia de las importaciones baratas, les fue extremadamente difícil cambiar de actividad, por lo que siguieron la senda de la desolación y de la ruina. Los integrantes de la segunda categoría de artesanos, tales como herreros, fundidores, carpinteros, etc., cuya profesión se relacionaba estrechamente con la vida cotidiana de la gente, pudieron adaptarse con bastante celeridad al tipo de trabajo especializado que se requería en la planta moderna o en los astilleros, o bien continuaron como maestros independientes en sus viejos oficios.

En particular, los oficios relacionados con la construcción fueron los que encontraron más suave la transición y probablemente mantuvieron por más tiempo una semblanza de organización de tipo gremial, con las jerarquías de maestro y aprendiz.

Así como ciertas actividades decayeron inevitablemente con el régimen anterior, de la misma forma surgieron en la novel sociedad nuevos campos para oficios artesanales tales como la sastrería, la fabricación de zapatos, la albañilería, la impresión, etc. La demanda de ellos no se satisfacía con facilidad, según puede inferirse del diferencial que prevaleció durante algún tiempo entre los salarios.<sup>8</sup> Este grupo constituyó la tercera categoría de artesanos, a la cual se incorporaron los hombres astutos y diestros provenientes de todos los rumbos.

Desafortunadamente, sólo se cuenta con información estadística muy dispersa en relación con el número de artesanos que existía en los años iniciales del Meiji. Los datos que se registraron en 1882 en la prefectura Yamanashi, un buen ejemplo de las que progresaban bien en aquella época, muestran la estructura de la población masculina empleada y remunerada,<sup>9</sup> como sigue:

Total	127 779	100.0%
Agricultura	85 513	67.0
Artesanos	9 229	7.2
Parcialmente ocupados en la agricultura	(5 888)	—
Manufacturas	7 586	5.9
Parcialmente ocupados en la agricultura	(4 792)	—
Comercio, transportes, etc.	25 451	19.9
Parcialmente ocupados en la agricultura	(13 274)	—

Es sorprendente el grado en que dependían de la tierra, aun tratándose de gentes de diversos oficios; ello nos conduce a suponer que muchos de los artesanos de los gremios de las grandes ciudades pudieran haber regresado en 1882 a las tierras de sus granjas de origen y, en forma paralela, realizar su actividad tradicional.

De hecho, fue muy característico del Japón de esa época que, si bien un resultado de las reformas de la Restauración fue una magnitud considerable de desempleo disfrazado, las fuerzas que lo revelaban y aislaban no tuvieron el empuje suficiente para superar la cohesión familiar, que tendía a cobijar bajo sus alas a los desafortunados. En gran medida esto explica la dificultad que se enfrentó para reclutar trabajadores no calificados, los cuales se requerían en cantidades considerables en la minería, la construcción de ferrocarriles y en otras obras de infraestructura social en general.

Antes de la Restauración ya existían minas de todas clases; empero, después de ella creció en forma explosiva la escala de las actividades mineras. La demanda de mineros aumentó desmedidamente, mientras que la oferta siempre se mantuvo rezagada. Se buscó la solución en el uso de presidiarios. Así, por ejemplo, la mina de carbón de Miike comenzó a utilizarlos en 1875 y en 1882 elevó su número a 2 000. Muy pronto, la mina Horonai y otras siguieron el ejemplo de Miike. El gobierno lo permitía con el pretexto de que los presidiarios podrían aprender algo útil. Sin embargo, a la larga las empresas consideraron que el uso de presidiarios no sólo era difícil, sino que además iba en detrimento de la moral de los otros trabajadores; así terminó, por 1894, dicha práctica en la mayoría de los lugares. Para sustituirlos, acudieron vagabundos y criminales fugitivos y la situación apenas mejoró hasta que, mucho tiempo después, arribaron los inmigrantes coreanos.

El uso de prisioneros no se limitó a la minería exclusivamente. Los registros muestran que se les reclutó para los trabajos de restauración del astillero de Yokohama y para la construcción de vías férreas en diversos sitios. Empero, no hace falta decir que constituyeron una pequeña minoría frente a las veintenas de millares de trabajadores comunes no calificados que se requirieron en aquel entonces. En casos muy aislados fue posible movilizar al campesinado, estacionalmente ocioso, para las obras locales de construcción, pero en general era necesario un tipo de reclutamiento mucho más sistemático. Esto fue particularmente cierto con la construcción del ferrocarril, el cual de un modesto comienzo en 1872, con una vía de 18 millas entre Tokio y Yokohama, se expandió con gran celeridad por todo el país, llegando en 1886 a tener 300 millas y 2 000 en 1893. Así, se estima que en 1892 había 40 000 trabajadores de vía continuamente

7. Véase J.L. y Barbara Hammond, *The Skilled Labour, 1760-1832*, 1919.

8. Cuando el promedio de salario diario de los artesanos comunes era de 40 a 50 *sen*, los sastres llegaban a 70 *sen* por día.

9. Datos de Tōkei-In, *Kainokuni Genzai, Jinbetsu Shirabe* (Encuesta sobre los residentes de la provincia de Kai), reproducidos en Mikio Sumiya, *op. cit.*, p. 49.

ocupados en la construcción del ferrocarril. Se trataba de mano de obra común que con frecuencia debía desplazarse de un lugar a otro, lo que exigía un tipo especial de disciplina, distinta de la industrial. Para satisfacer esta necesidad se desarrolló un sistema de contratación en el que el contratista actuaba como capitán de su ejército privado, con los tenientes necesarios entre él y las hordas de infantería, las que se reclutaban bajo la responsabilidad del contratista.

#### *Trabajadores capacitados y programas de capacitación*

Antes de la Restauración se contaba en Japón con ciertas capacidades que eran útiles para las artes que impulsaba el modo de vida feudal. En cambio, las que requería el proceso de modernización estaban relacionadas con oficios mecánicos en industrias tales como la siderurgia, la ingeniería, los ferrocarriles, el teléfono y el telégrafo, la agrimensura, etc., y Japón apenas se encontraba en el umbral de su aprendizaje cuando el nuevo régimen inició su existencia. El gobierno estaba consciente de esta laguna y cuando en 1870 estableció el Departamento de Industria (*Kōbushō*), incluyó en él una institución para la capacitación de ingenieros. De este modo, en agosto de 1871 se inauguró la Escuela Técnica (*Kōgakuryō*) cuyo personal docente principal estaba constituido prácticamente por extranjeros. En este personal había 41 ingleses, siete italianos y un francés, dirigidos por Henry Dyer y William F. Ayrton, y a ellos se pagaban los salarios más altos. Es el caso de Dyer, quien en esas fechas sólo tenía 25 años de edad y recibía 600 yenes por mes, 100 yenes más que el sueldo de un Ministro del Gabinete. Se planeó para los educandos un programa de estudios muy intensivo (once horas y media al día de trabajo en el aula); pasaban primero un curso preparatorio de dos años; luego dos cursos, también de dos años cada uno, de educación especializada y capacitación práctica. Las seis ramas de la Escuela abarcaban ingeniería civil, ingeniería mecánica, comunicaciones eléctricas, arquitectura, química aplicada y metalurgia, e ingeniería de minas. A pesar de que en 1885 se cerró la escuela, en su corta vida produjo más de 200 ingenieros de alto nivel, cada uno de los cuales desempeñó, en su campo, una función pionera en la difusión de las técnicas occidentales.<sup>10</sup>

Sin embargo, estos ingenieros recién capacitados estaban destinados a la cumbre de la pirámide del personal técnico requerido por la industria de la ingeniería moderna. La base de la pirámide debía integrarse con un número, incomparablemente mayor, de trabajadores capacitados sobre la marcha, con la calificación necesaria para operar directamente las máquinas y herramientas específicas y, en caso necesario, repararlas. ¿De dónde habrían de surgir?

Ellos también debían recibir un adiestramiento nuevo, aunque sin duda algunos de los artesanos acostumbrados a trabajar los metales en la sociedad Tokugawa ya tenían suficientes posibilidades para adaptarse a algunas de las nuevas tareas que comenzaron a surgir. Donde primero hubo capacitación práctica y de modo más efectivo fue en las fábricas gubernamentales, las que entonces se concentraban

fundamentalmente en la fabricación de armamento y la construcción de barcos. De hecho, al principio, las modernas fábricas metalúrgicas y de máquinas estaban casi íntegramente en manos del sector público; incluso después de la transferencia generalizada de las industrias estatales a manos del sector privado, ocurrida en el período posterior a 1880, la industria metalúrgica y la de máquinas siguieron orientadas a la producción de armamentos y, durante algún tiempo, bajo propiedad gubernamental.

Tomando en cuenta estos antecedentes, resulta lógico que la capacitación de los trabajadores calificados para la industria metalúrgica y de maquinaria estuviera casi por completo en manos del gobierno. Por otra parte, la contratación de técnicos especialistas extranjeros precedió por varios años a la Restauración, pues ya el gobierno Bakufu se había preocupado por introducir métodos occidentales en la esfera militar. Así, Hards, un ingeniero naval holandés, visitó Japón en 1857 y supervisó la construcción de la Fundidora de Hierro Nagasaki, que después se convirtió en el Astillero de Nagasaki (o Astillero Mitsubishi). Asimismo François Léon Verny, un ingeniero naval francés, fue invitado en 1866 para asesorar en la construcción de la Fundidora de Hierro de Yokosuka, que en 1871 se transformó en la planta gubernamental Astilleros de Yokosuka. En particular Verny, junto con otros 31 técnicos franceses, permaneció en Japón incluso después de la Restauración hasta 1877, y asumió la tarea de adiestrar trabajadores calificados en la construcción de barcos. Uno de los libros clásicos acerca de la historia de la construcción moderna de barcos en Japón registra que antes de que los asesores franceses hubiesen abandonado el país "generaron muchos millares de trabajadores especializados capaces".<sup>11</sup> Además es importante señalar que los astilleros encabezaron el desarrollo de las industrias modernas en Japón, acelerando, en términos relativos, la maduración de industrias básicas tales como la del acero y la de máquinas herramientas.

Sin embargo, la capacitación en los lugares de trabajo supervisada por los expertos internacionales fue esencialmente una operación de alcances limitados. Debido a ello el gobierno decidió abrir dos escuelas en 1872, ambas adjuntas al Astillero de Yokosuka, una de ellas para la capacitación de técnicos algo avanzados como supervisores y, la otra, para el adiestramiento de trabajadores capacitados. Aparentemente ambas satisficieron en forma transitoria las necesidades, que eran relativamente limitadas en las industrias metalúrgica y de maquinarias.

Empero, pronto se hizo evidente una necesidad mayor, por lo que el gobierno decidió establecer en 1881, bajo la jurisdicción del Ministerio de Educación, la Escuela de Tokio para Capacitación Obrera, con la intención de crear otras similares en las distintas prefecturas. No obstante, la educación y la capacitación en estas escuelas resultaron demasiado avanzadas en el sentido de que los estudiantes graduados se sentían con arrestos para buscar puestos más elevados que el de supervisor. Así, el gobierno intentó instalar escuelas orientadas al adiestramiento práctico de jóvenes con menores pretensiones y, a partir de 1886, experimentó con un

10. Pueden verse detalles sobre programas, normas, nombres y salarios de profesores, nombres de los estudiantes graduados, etc., en *Kōbushō Enkaku Hōkoku* (Informe sobre la historia del Departamento de Industria), reproducido en *Meiji Zenki Zaisei Keizai Shiryō Shūsei*, vol. 17, en especial pp. 343-411.

11. *Nihon Kinsei Zōsen Shi* (Historia de la construcción moderna de barcos en Japón), p. 934.

“centro de capacitación de aprendices” adjunto a la Escuela de Comercio de Tokio, pero esta opción tuvo también sólo moderado éxito. Al final resultó que quienes habían ingresado a las fábricas de armamento o a las plantas modelo del gobierno como simples trabajadores, en el curso de los años y con la práctica se calificaron y posteriormente se desplazaron a diversas plantas privadas, constituyendo el personal principal entre los trabajadores capacitados. Las empresas privadas en las industrias modernas, que en general fueron viables sólo posteriormente, adoptaron la práctica de adiestrar en sus talleres a trabajadores de diferentes niveles de calificación. Por esta razón consideraron a sus obreros como de su “propiedad” y encontraron que el sistema de jerarquía y de empleo permanente era más afín con sus prácticas de empleo.

#### *La educación en general*

Arinori Mori —uno de los primeros dirigentes Meiji, cuya contribución en el campo de la educación fue especialmente notable—, poco antes de asumir el cargo de Ministro de Educación, declaró en la Escuela Normal de Saitama, en 1885: “Nuestro país debe trasladarse, de la posición de tercera categoría que ocupa, a la segunda, y de ésta a la primera; para, finalmente, ocupar la posición de liderazgo entre todos los países del mundo. La mejor forma de lograrlo es sentar las bases de la educación elemental”.

Es indudable que las cualidades que los dirigentes Meiji tenían en mente para caracterizar a un país de “primera categoría” eran “próspero en lo económico y fuerte en lo militar” (*fukoku kyōhei*), y que tenían plena conciencia de la importancia de la educación para el desarrollo económico. De hecho, el propio Arinori Mori, en 1872, asignado en Washington como el primer representante diplomático de Japón en Estados Unidos, dirigió por iniciativa propia una carta a un grupo de norteamericanos prominentes solicitando “consejo e información” con respecto a “las cuestiones educativas de Japón” y escribió: “Los puntos específicos sobre los que solicito su atención son los efectos de la educación en: 1) la prosperidad material de un país; 2) su comercio; 3) sus intereses agrícolas e industriales; 4) las condiciones sociales, morales y físicas del pueblo, y 5) su influencia en las leyes y el gobierno”.<sup>12</sup> Es importante subrayar que los tres primeros puntos se referían exclusivamente a cuestiones económicas.

Trece estadounidenses respondieron a la carta de Mori, entre otros Charles W. Eliot, de Harvard; Theodore D. Woosley, de Yale, y William A. Stearns, de Amherst; sus respuestas actuaron como semillas en el terreno casi virgen de las oportunidades educativas en Japón. En 1873, uno de los trece, David Murray, de la Universidad de Rutgers, cuya larga respuesta era prácticamente un ensayo, fue invitado a Japón como “Superintendente de Asuntos Educativos del Imperio de Japón y Asesor del Ministro Imperial de Educación”, percibiendo un salario mensual de 600 yenes, igual al del Primer Ministro. Durante casi seis años, hasta que dejó Japón en enero de 1879, Murray fue el espíritu orientador en el trabajo precursor de establecer las bases para la educación universal, la que progresó con rapidez, sobre todo

después de su partida. El siguiente párrafo, extraído de su respuesta original a las preguntas de Mori, era recordado y repetido de manera especial por los dirigentes Meiji:

“En relación con el continente asiático y con la costa occidental de Estados Unidos, Japón ocupa una posición casi idéntica a la de Inglaterra respecto al continente europeo y a la costa oriental de Estados Unidos. Sólo se requiere introducir las técnicas modernas del comercio y el estímulo prudente del gobierno para convertir a Japón en una potencia comercial igualmente colosal. Sin embargo, esto constituye una tarea que llevará tiempo, en la que la educación debe ser un instrumento principal.”<sup>13</sup>

Al asentar de modo tan firme el papel de la educación sobre una base práctica, como “un instrumento principal” para transformar a Japón en una potencia comercial líder, los dirigentes Meiji enfatizaron una y otra vez la importancia de desarrollar todas las potencialidades de cada individuo. Yukichi Fukuzama publicó en 1872 un libro (*Encouragement of Learning*) que representa de manera elocuente el espíritu de la época y cuya frase inicial es memorable: “Se dice que el cielo no creó a algunos hombres por encima de otros ni colocó a algunos por debajo de otros.” El Preámbulo al Código Fundamental de la Educación, de 1872, expresó la óptica liberal entonces vigente sobre la educación; mientras que por un lado reflejaba la determinación gubernamental de que “en el futuro no habrá en ninguna comunidad una familia analfabeta, ni en una familia una persona analfabeta”, por otro exhortaba a la nación a que se asumiera como responsabilidad propia la educación individual de sus jóvenes. El párrafo final del preámbulo decía lo siguiente:

“Hasta ahora... la perversa tradición que ha considerado a la educación como privilegio de los *samurai* y sus superiores y como benéfica para el estado ha ocasionado que muchos dependan del gobierno para los gastos en educación, incluso en rubros tales como alimentación y vestido; cuando no logran recibir dicho apoyo, muchos hasta desperdician su vida por no asistir a la escuela. De aquí en adelante estos errores deben corregirse y cada hombre, por su propia voluntad, tendrá que subordinar a la educación de sus hijos todas las otras cuestiones”.<sup>14</sup>

Es notable que los líderes Meiji hayan combinado la conciencia de la necesidad de una dirección centralizada enérgica, con la convicción de que el éxito dependía de la voluntad y el entusiasmo de las masas populares. La política que siguió tuvo este espíritu dialéctico; si bien el gobierno central gastó fuertes sumas en la contratación de profesores extranjeros para las escuelas avanzadas, así como en el envío de estudiantes japoneses al exterior, procuró que los gobiernos locales se responsabilizaran en mayor medida del costo de la educación y que aceptaran cobrar una colegiatura mensual de 25 a 50 *sen* por lo que debía ser una educación elemental obligatoria. No fue sino en 1900 cuando la educación elemental se convirtió en nominalmente gratuita en todo el país.

13. Citado por Herbert Passin, *Society and Education in Japan*, 1965, p. 219.

14. Citado por Kumaji Yoshida, “European and American Influences in Japanese Education”, en Inazo Nitobe *et al.*, *Western Influences in Modern Japan*, 1931, p. 35.

12. Arinori Mori, *Education in Japan*, Nueva York, 1873.



A pesar de las exhortaciones del centro, basadas en la absoluta conciencia de la importancia de la educación general para el desarrollo nacional, los progresos en la propagación de la educación elemental fueron relativamente lentos. Esto puede observarse en los siguientes porcentajes de niños inscritos en la escuela obligatoria.<sup>15</sup>

	Hombres y mujeres (%)	Hombres (%)	Mujeres (%)
1873	28.1	39.9	15.1
1880	41.1	58.7	21.9
1890	48.9	65.1	31.1
1900	81.5	90.6	71.7
1910	98.1	98.8	97.4

La construcción de escuelas modernas también se rezagó en forma considerable. Una encuesta de 1875 muestra que únicamente 18% de las escuelas contaba con edificios nuevos; 40% funcionaba en templos budistas; 33% en casas particulares, y el resto en edificios públicos de diversos tipos.<sup>16</sup> La situación de la oferta de profesores era peor, debido a que preparar un docente requería más tiempo que construir un edificio escolar, y a que los salarios de los maestros fueron, por largo tiempo, menos que adecuados. Por ejemplo, en 1876 únicamente la sexta parte de los 52 000 maestros había recibido capacitación en las nuevas escuelas normales;<sup>17</sup> el documento de apoyo para el Reglamento Revisado sobre Educación de 1880 era aún más pesimista, pues afirmaba que "de cada diez profesores, sólo uno se ha graduado en la Escuela Normal. Nada saben acerca de las técnicas de enseñanza".<sup>18</sup> No obstante, para los *samurai*, especialmente en la provincia, la docencia ejercía un atractivo especial, no tanto como profesión sino como un "llamado celestial" por lo que, de alguna manera, la oferta logró igualar la demanda.

Con todo, la difusión de la educación no fue una tarea fácil, sobre todo por las restricciones autoimpuestas en el período anterior y por la demanda de jóvenes que ejercía la industria, independientemente de la capacitación que tuvieran. Sin embargo, puede afirmarse que el énfasis inicial en la capacitación de la élite rindió sus frutos y que, cuando se extendió la modernización y se requirió una base más amplia de fuerza de trabajo con un nivel educativo mínimo, la escolaridad universal había dejado atrás su tortuosa fase preparatoria y estaba en condiciones de satisfacer la demanda.

No debe olvidarse la ventaja que tuvieron los japoneses durante este proceso: contaban con un idioma común en toda la nación, que podía adaptarse al uso científico moderno. Aunque no se puede negar que diversas personas llevaron a cabo esfuerzos deliberados para simplificar el lenguaje y para acuñar mil y un términos científicos modernos, también es cierto que el lenguaje era muy maleable, con su propia fonética combinada con los caracteres chinos, y que cualquiera de las disciplinas científicas podía enseñarse al nivel más elemental en el idioma vernáculo.

15. Ministerio de Educación, *Japan's Growth and Education*, p. 160.

16. Tomitaro Karasawa, *Nihon no Kyōiku Shi* (Historia de la educación japonesa), 1962, p. 219.

17. Mombushō, *Gakusei 50-nen Shi* (Cincuenta años del sistema escolar), 1954, p. 46.

18. Citado por Herbert Passin, *op. cit.*, p. 75.

Sin duda, no se podría exagerar la importancia de este conjunto feliz de situaciones para un país como Japón, que ingresaba tardíamente a la civilización industrial moderna.

#### *¿De dónde surgieron los empresarios?*

Japón se desarrolló esencialmente como un sistema capitalista. Esto significa que la fuerza directriz de la economía residía en los empresarios privados que afrontaban riesgos. Puesto que el Estado tomó con frecuencia la iniciativa para poner en marcha una nueva industria, es posible decir que el riesgo original lo tomó el Estado; y en verdad ocurrió que de ahí provino una categoría singular de empresarios llamados *seishō* u hombres de negocios con filiación política, que prosperaron al aprovecharse de la intervención estatal en los negocios. Sin embargo, aun en este caso los empresarios fueron en esencia tomadores de riesgo, en el sentido de que para ellos la existencia de rivalidades entre los políticos representaba un dato que debían incluir en sus cálculos empresariales de los que, en última instancia, ellos eran responsables. Por tanto, sigue siendo válida la pregunta: ¿de dónde surgieron los empresarios?

El período feudal que precedió a la Restauración se caracterizó, como señalamos, por la diferenciación en el *status* hereditario, que se clasificaba en: 1) *samurai*, 2) agricultores, 3) artesanos y 4) comerciantes. Hacia finales del período Tokugawa, empobreció una gran mayoría de la clase *samurai* e incurrió en un fuerte endeudamiento con la clase comerciante. Esta última, en conjunto, adquirió cada vez más y más poder económico. Es significativo, no obstante, que la próspera clase comerciante no rompiera con facilidad con la convencional subordinación a los *samurai* y por ende a la nueva clase dirigente de la Restauración. No congeniaban con la tarea del empresariado innovador, por lo que en conjunto, más que conducirlo, los comerciantes siguieron al proceso de modernización económica. Si algunos de ellos, como la empresa Mitsui, lograron llevar a cabo una tarea pionera, se debió a que la cabeza hereditaria de la empresa fue tan sagaz como para incorporar a ex-*samurai* capaces en posiciones directivas.

Es posible que nadie sea un ejemplo mejor de los empresarios versátiles, iluminados y previsores del período Meiji, que Eiichi Shibusawa (1840-1931), quien nació en una familia de agricultores, ingresó al servicio público en el gobierno de la Restauración y después de cinco años lo abandonó para dedicarse, durante el resto de su larga vida, a la promoción de industrias modernas en el sector privado. Los principios rectores a los que se aferró con firmeza y que puso en práctica, fueron dos: la ventaja de que las empresas asumieran la forma de corporación y el derrumbe del predominio oficial.

Cuando algunos colegas intentaron disuadirlo de que renunciara a un puesto oficial, en 1873, se dice que respondió:

"Los cimientos de un país están en el comercio y la industria. Podemos darnos el lujo de tener servidores públicos mediocres, pero los hombres dedicados al comercio deben ser capaces y sagaces. . . En el pasado, nuestra nación tenía en alta estima a la clase *samurai*; ahora, ellos conside-

ran un gran honor convertirse en burócratas, mientras que se avergüenzan de dedicarse al comercio. Esto es poner la carreta delante del caballo. La tarea más urgente para nuestro país es deshacerse de esta concepción falaz, elevar la posición social de quienes se dedican al comercio, reclutar a los hombres de talento en tal esfuerzo y promoverlos como un modelo de virtudes para el pueblo.”<sup>19</sup>

Shibusawa tenía 33 años en ese momento; a partir de entonces, y hasta que se retiró del trabajo activo a la edad de 77, nunca quiso aceptar — pese a reiteradas ofertas — un solo puesto gubernamental, ni siquiera el de director del Banco de Japón. En cambio, comenzando con la presidencia del First National Bank en 1873, Shibusawa dirigió su hábil talento a la creación de casi todas las industrias modernas de Japón, en ramas tales como manufactura de papel (1873), seguros (1878), ferrocarriles privados (1881), cabotaje costero (1882), hilado moderno de algodón en gran escala (1883), fertilizantes químicos (1887) y elaboración de cerveza (1888), para mencionar sólo algunas de los años iniciales. De una forma o de otra estuvo vinculado en total con más de 500 empresas; fue característico de él su constante desdén por la riqueza personal y su meticulosa evasión de todo tipo de conexiones políticas. La biografía de Shibusawa equivaldría a una crónica casi completa del surgimiento de las industrias modernas en Japón. De hecho, su interés rebasaba la esfera de los negocios; así, por ejemplo, fue cofundador del Centro de Capacitación para Prácticas Comerciales, que al crecer se convirtió en la Alta Escuela de Comercio de Tokio y ahora es la Universidad de Hitsutsubashi, considerada campo de capacitación de los “capitanes de la industria” del sector privado, en contraste con la Universidad de Tokio, que se ha calificado como semillero de la burocracia.

Pocos discreparían en que una lista de los empresarios precursores más prominentes durante la primera mitad del período Meiji (aproximadamente hasta el final del siglo XIX) debe incluir, junto con Shibusawa, nombres tales como:

- Tomoatsu Godai (1835-1885), dedicado sobre todo a la minería, quien contribuyó más que nadie a convertir a Osaka en el centro del comercio y de la industria.
- Yatarō Iwasaki (1834-1885), quien fundó la célebre estructura multi-industrial Mitsubishi, con un gran éxito inicial en la transportación marítima.
- Rizaemon Minomura (1821-1877) y Takashi Masuda (1847-1938) quienes, como gerentes generales de la firma Mitsui, lograron mantener a esa antigua y conservadora casa comercial en la línea más avanzada de la modernización.
- Saihei Hirose (1828-1914), quien contribuyó a transformar a la antigua firma de comerciantes de cobre Sumitomo en una empresa multi-industrial moderna.

Es significativo que ninguno de ellos proviniese de la clase comerciante; Iwasaki era un “*samurai* de provincia”; Hirose,

hijo de un doctor; los otros tres, descendientes de familias *samurai*.

Shibusawa fue excepcionalmente limpio en su vinculación con dirigentes políticos. Sin embargo, la mayoría de los principales dirigentes empresariales era, en mayor o menor grado, del tipo de los que escalan la ladera del éxito mediante un manejo astuto de sus amigos políticos; algunos, como bien se sabe, se consolidaron más tarde en esas estructuras monopólicas tan peculiares de Japón, denominadas *zaibatsu*. Esta forma de organización, con tentáculos que se extendían en diversas ramas, era capaz de distribuir riesgos, y sus estrechas conexiones internas con los dirigentes políticos les permitían beneficiarse de todo tipo de economías externas. La economía de Japón creció y prosperó con el surgimiento de los *zaibatsu*, en el período subsiguiente. La habilidad de quienes dirigían los *zaibatsu* residió en reclutar sangre fresca para crear un empresariado vigoroso, sin importar su origen familiar.

#### COMENTARIO GENERAL

La tarea del desarrollo económico moderno requiere de todo tipo de individuos. Incluso en una sociedad centralmente planificada debe idearse un sistema de estímulos que permita asignar recursos humanos con diferentes capacidades y calificaciones en la forma más eficiente desde el punto de vista económico. Los estímulos consisten esencialmente en recompensas pecuniarias o en la satisfacción personal basada en la estimación social o en el sentido de la propia realización.

¿Qué podemos decir del sistema de estímulos en el Japón Meiji, el cual sin duda influyó en la distribución de recursos humanos que tuvo lugar?

Lo que motiva a un individuo a buscar cierto empleo es, por encima de todo, la necesidad de subsistir y, después, el diferencial en las recompensas monetarias o las satisfacciones no monetarias que se obtienen al seguir determinado curso de acción. Puede afirmarse que el Japón Meiji combinó con éxito todos estos factores. Además de la recompensa para la clase empresarial, que debió ser satisfactoria más allá de sus meros equivalentes monetarios, la sociedad Meiji desarrolló un conjunto de valores orientados hacia el culto al Emperador y el servicio a la Nación. En consecuencia, la recompensa pecuniaria no lo era todo. Esta situación permitió reclutar hombres talentosos en una profesión como la docencia, y también que se pagaran salarios considerablemente más elevados a los extranjeros que a los japoneses. En el otro extremo, el fuerte impuesto sobre la tenencia de la tierra y la exorbitante renta en especie mantuvieron al campesinado agricultor en condiciones de ningún modo mejores que las que tenía en el período feudal, con lo cual, por la simple necesidad de subsistencia, se pudo tener bajo control el precio de la oferta de la fuerza de trabajo no calificada y de la mano de obra femenina para las fábricas.

Sería un ejercicio interesante de investigación comparativa intentar un cálculo del abanico relativo en las escalas de remuneración de las diferentes profesiones en la economía, vinculándolas con el ingreso per cápita de la época. Esta última cifra tiene que estimarse en forma aproximada, porque las estadísticas históricas de Japón no son adecuadas. Sin

19. Citado en Takao Tsuchiya, *Nihon Shihonshugi no Keiishiteki Kenkyu* (Un estudio del capitalismo japonés como historia de las empresas), 1954, p. 92.

CUADRO 3

*Escala de sueldos y salarios en relación con el precio del arroz, primeros años Meiji*

	Sueldo en sen	Años aplicables	Relación (Precio del arroz = 100)
Precio del arroz, 1 shō	9,5	1878-1887	100
Salario diario			
Devanado de seda, mujeres	5-15	1880-1890	53-158
Hilado de algodón, hombres	17,1	1889	180
Hilado de algodón mujeres	8,2	1889	86
Trabajador calificado	90	1883	948
Carpintero	50	1879	526
Albañil	70	1879	737
Sueldo mensual ÷ 30			
Maestros	40-100	1876	412-1 052
Recién egresados de la Universidad de Tokio	133-166	1887	1 400-1 747
Burócratas no comisionados (promedio)	70,6	1878	743
Funcionarios de gobierno comisionados	110-972	1890	1 158-10 232
Ministro del gabinete	1 390	1890	14 632

Fuente: El precio del arroz se calculó multiplicando la cotización de precios al mayoreo de Fukagawa por 1.3. Los salarios diarios se mencionan al principio de la ponencia. Los sueldos mensuales están basados para los maestros en la información proporcionada en H. Passin, *op. cit.*, p. 75; para recién egresados de la Universidad de Tokio, en Decreto Imperial núm. 37, julio 23, 1887, y para los demás en *Meiji Bunka Zenshu*, vol. 10, pp. 505-506 y 531.

embargo, hay una cifra cuya pertinencia es fundamental y de exactitud aceptable: el precio del arroz. En esos días se consideraba que un *koku* (150 kilogramos) era la unidad básica de las necesidades de cereales de un año; un *shō* (1.5 kilogramos) se consideraba el salario diario mínimo para el trabajo más común. Ahora bien, calculando por decenios, el precio promedio al mayoreo de un *koku* de arroz en Tokio se elevó de 6.36 yenes en 1868-1877 a 7.40 durante 1878-1887, a 8.08 yenes durante 1888-1897 y a 13.33 en 1898-1907.

Puesto que, por lo general, el precio al consumidor era un tercio más alto que el de mayoreo, puede inferirse que un *shō* de arroz limpio costaba 8.5 *sen* en el primer decenio de la Era Meiji y subió a 17.8 en el cuarto. En el cuadro 3 se comparan distintas escalas de salarios y remuneraciones en los años iniciales del Meiji con el mencionado precio promedio del arroz en el período 1878-1887; allí se revela con claridad una extrema amplitud del abanico salarial. En tanto que la mano de obra femenina industrial en el devanado de seda o en los talleres de hilado de algodón recibía por lo general menos que el equivalente a un *shō* de arroz diario, los profesores obtenían de cuatro a diez veces esa cantidad, los trabajadores calificados nueve veces, los recién graduados de la Universidad de Tokio más de 14 veces y el funcionario público de mayor nivel —es decir, un viceministro— 100 veces. Es probable que en aquel tiempo el ingreso per cápita de Japón estuviera muy cerca del valor de un *shō* de arroz.<sup>20</sup> Por consiguiente, si expresáramos los ingresos como

múltiplos del ingreso per cápita, el abanico de remuneraciones del personal ocupado casi no diferiría del que aparece en el cuadro 3.

Tan amplia diversidad en la escala de remuneraciones de las personas ocupadas contrasta fuertemente con la situación actual de Japón. En 1978, el ingreso anual per cápita (ingreso nacional a precios de mercado, dividido por el número de habitantes) fue de 1 501 900 yenes, o 7 500 dólares al tipo de cambio promedio de ese año; en comparación, las remuneraciones de cada trabajador regularmente ocupado en el conjunto de las industrias promediaron 2 824 536 yenes (1.88 veces). A continuación se indican las remuneraciones de algunas categorías típicas en 1978, expresadas como porcentaje del ingreso anual per cápita:

#### *Remuneraciones en efectivo incluyendo bonificaciones<sup>21</sup>*

Obreros, sexo masculino, 18 a 19 años de edad, en establecimientos que emplean de 10 a 99 personas	80
Obreros, sexo masculino, de 50 a 54 años, en establecimientos que emplean 1 000 personas o más	245
Jefes de división (graduados universitarios) de 50 a 54 años, en establecimientos que emplean 1 000 personas o más	566
Miembros de la Dieta (parlamento nacional)	903
Ejecutivos de las corporaciones de tamaño medio	1 332

Es muy probable que en los primeros años del período Meiji, cuando resultaba esencial reclutar hombres capaces para puestos importantes de todo tipo, fuera necesario el estímulo de remuneraciones elevadas, pese a los elementos espirituales y honoríficos que se inculcaron como asunto de política nacional. Con el paso del tiempo, la amplitud del abanico se redujo rápidamente, por lo común aumentando los niveles inferiores y manteniendo invariable el superior.<sup>22</sup> Además, el impuesto progresivo sobre el ingreso se instituyó en Japón en 1887; después se introdujeron diversas medidas de seguridad social con el fin de lograr un efecto de redistribución del ingreso por medio del gasto público. Así, el grado de equidad en la distribución del ingreso que ahora prevalece, por lo menos entre personas ocupadas, parece considerarse normal por el conjunto de la sociedad. Bien puede ocurrir que el curso del desarrollo económico permita a un país reducir el abanico de salarios requerido para movilizar los recursos humanos entre los diferentes niveles de calificación. □

de la vida per cápita del estrato "acomodado" era de 110 yenes por año, el de la "clase media normal" de 60 y el de la "inferior" de 20 yenes. El promedio ponderado para la nación en su conjunto fue de 43 yenes. Si se divide esta cantidad entre 365 se obtiene un gasto diario de subsistencia per cápita de 11.6 *sen* en 1883.

21. Fuente: Ministerio del Trabajo, *Chingin Kōzō Kihon Tōkei Chōsa* (Investigación estadística básica de la estructura salarial).

22. Esta tendencia continuó en el período más reciente, como lo muestra la disminución del abanico entre el salario inicial para el recién ingresado (las remuneraciones regulares en efectivo excluyendo pagos por bonificaciones) y el que se paga a los trabajadores entre 50 y 59 años de edad, que han laborado durante 30 años o más en la misma empresa (establecimientos con 1 000 empleados o más). Para los obreros, la relación era de 638 en 1961 y disminuyó constantemente hasta llegar a 313 en 1978. Para los trabajadores de oficina, la relación era de 579 en 1961 y también decayó en forma constante a 294 en 1978. Fuente: *Ibid.*

20. En el *Kōgyō Iken* (Memorandum sobre la promoción de industrias), 1883, editado por Masana Mayeda, se estimó que el costo